

## **EL JUEGO DE LA MEMORIA. EL JUEGO DE LA HISTORIA**

**María Angélica Illanes Oliva**

### **Abstract**

At the moment we lived the interesting phenomenon and historical process on the “return of the repressed thing”, moment when - as it indicated to Freud- the repression mechanisms to it fail, arising, like a river iracundo, the pains and desires repressed and kept in unconscious individual and the collective one. Decisive moment in the history of the towns, in which they are begun to untie the opresoras mooring cables and emancipation gestures are pronounced.

### **Resumen**

Actualmente vivimos el interesante fenómeno y proceso histórico del «retorno de lo reprimido», momento cuando - tal como lo señaló Freud- los mecanismos de represión fracasan, aflorando, como un río iracundo, los dolores y los deseos reprimidos y guardados en el inconsciente individual y colectivo. Momento decisivo en la historia de los pueblos, en que se comienzan a desatar las amarras opresoras y se pronuncian gestos de emancipación.

**Yo recuerdo** cuando se rompieron los esquemas al aparecer un grupo musical de cuatro chascones, yo recuerdo los discos que se quebraban, yo recuerdo que para virar había que sacar la mano por la ventana, yo recuerdo la leche comprada en botellas de a litro; *yo recuerdo* el Reporter Esso que venía después de. Radio Tanda, *yo recuerdo* a la perra Laica

y su viaje a la luna; *yo recuerdo* el Unicoop, *yo recuerdo* el manjar de latas de leche condensada saltando en la olla de presión, yo recuerdo el Austin Mini, el SIMCA 1000 y el «huevito», *yo recuerdo* la máquina de escribir; yo recuerdo el juego de la papaya, el bombo y el luche, *yo recuerdo* mis lecturas escondidas de Sartre en la biblioteca municipal, yo recuerdo cuando me casé con guitarra y mini falda en la Parroquia Universitaria, *yo recuerdo* cuando dejamos nuestras casas de estudiantes de barrio alto y nos fuimos a vivir a la población San Gregorio, *yo recuerdo* el paquete de pollo, arroz y fideos que nos repartía la JAP.

Nuestras palabras y miradas de risa y nostalgia se entrecruzaban en el «juego de los recuerdos» que componía el trabalenguas de nuestra memoria en una tarde de día jueves de primavera. Y, a medida que pasaba la ronda, el *yo recuerdo* se confundía con el tu recuerdo y éste con el *nosotros recordamos*, que se transformaba en un *ustedes recuerdan*, que estallaba en un todos recordamos hasta, al fin, ese *te recordamos* que nos congregaba cada semana en el Colectivo de Arte *Las historias que podemos contar*, dirigido por el escritor Martín Faunes, el que durante dos años se ha reunido en la Sociedad de Escritores de Chile (SECH) con el objetivo de escribir sobre las vidas de muchos compañeros detenidos-desaparecidos y cuyo primer fruto es este libro.

Así se fue tejiendo, en muchas y sucesivas tardes de jueves, el juego de la memoria, donde las vidas de Juan, Víctor, Miguel, Lumi y de tantos otros, recobraban vida, emergiendo desde la escritura y la literatura de una historia que junt@s vivimos y conocimos.

Actualmente vivimos el interesante fenómeno y proceso histórico del «retorno de lo reprimido», momento cuando - tal como lo señaló Freud- los mecanismos de represión fracasan, aflorando, como un río iracundo, los dolores y los deseos reprimidos y guardados en el inconsciente individual y colectivo. Momento decisivo en la historia de los pueblos,

en que se comienzan a desatar las amarras opresoras y se pronuncian gestos de emancipación.

Destapado el silencio del miedo, una tras otra van regresando las imágenes y las voces de los que fueron muertos, desaparecidos, torturados y exilados: representación de las acciones realizadas impune, fría y conscientemente por señores-y-militares, bajo el cargo de que sus víctimas encarnaban la culpa de una historia des-calificada como maldita.

¿Qué historia, qué maldita? El retorno emancipatorio de lo reprimido exige sacar a luz los cargos e inculpaciones que legitimaron, aún legitiman y, posiblemente, volverían a legitimar a futuro la represión y la muerte en Chile.

Podríamos identificar dos tipos de inculpaciones que empapan los discursos de actualidad: una de ellas toca el problema de *la vía chilena al socialismo* a través del régimen de la Unidad Popular, mea-culpa que es bastante unánime dentro del discurso de la izquierda chilena. La otra culpa al llamado «clima de confrontación y violencia» que se vivió en Chile en aquellos últimos treinta años y que habría alcanzado su clímax en el gobierno de Allende, discurso que repite la derecha civil y militar y que tiene eco en algunos sectores renovados del socialismo actual.

¿Qué podemos decir los historiadores al respecto, a la luz de la experiencia vivida en nuestro país? Respecto a la primera inculpación -la de la vía chilena al socialismo-, sin duda caímos en el juego aprendido a través de nuestras primeras letras escolares, que nos enseñaban acerca de la excepcionalidad constitucional y legalista chilena, a través de la cual, desde los tiempos de la república, se habían podido realizar los cambios socio-políticos y económicos, sin derramamiento de sangre: mitología difundida por la historia oficial, respecto de la cual hay que reconocer un error de infantilismo e ingenuidad. En el marco y contexto de esta ingenua opción histórico-política, la segunda inculpación resulta

casi un absurdo: el "clima de confrontación y violencia" era más bien el jugueteo de una inquieta y amenazante ola de marea alta, que rompía su ira histórica deshaciéndose a la orilla de la playa cada atardecer.

Lo que sí nos atreveríamos a plantear, sin mayor temor a equivocarnos, es que desde fines del siglo XIX y a lo largo del siglo XX, se vive en Chile (y otros países de América Latina) un fenómeno de subversión del orden de clases, que buscaba romper con la total apropiación del poder (en el orden social, político, económico y cultural) por parte de las clases dominantes. Este hecho, reconocido desde temprano por los mismos sectores de la elite, condujo, a lo largo del siglo, a una serie de ajustes en el pacto ciudadano, tendientes a otorgar a los trabajadores beneficios que calmaran y neutralizaran la presión que ejercían en pos de una distribución más equitativa del poder. No obstante, todo resultó ser, en este sentido, insuficiente y precario, especialmente tomando en cuenta el hecho de que nuestros dependientes países neo-coloniales no podían pretender «darse el lujo» de social-democracias a la europea.

A partir de los años 60 se planteó, decididamente, el problema del poder popular. *Todos queríamos la revolución* dice el titular de un libro reciente, que podría leerse también como *todos jugábamos a la revolución*, especialmente aquellos que se suscribieron al programa de la revolución en libertad, que otorgó al pueblo pequeños poderes, al modo de un reparto de juguetes de niños pobres en Navidad, para que se entretuviesen jugando a los buenos vecinos y a las mamás tejiendo copuchas y amistad en las poblaciones, pero hubo cosas más serias, como los sindicatos campesinos, en correspondencia con la reforma agraria en marcha.

Pero como este juego no era broma sino deseo antiguo e iracundo, y como a través del juego se ensaya, se interactúa, se crece y se aprende, el pueblo, ya joven y maduro para desear el poder de su clase, votó el gobierno de la Unidad Popular. Y alcanzó a ejercerlo

(con muchos obstáculos y frustraciones por cierto): los podemos ver en la película La Batalla de Chile levantando un discurso propio, gestionando la producción, auto-organizando la distribución, exigiendo mayor poder, movilizándose incansablemente... Obviamente, dada la confabulación y resistencia de la clase dominante externa e interna, esta distribución popular del poder de clase fue un juego con fuego. Esa fue, no la culpa, más bien el pecado: haber osado romper el tabú de la verticalidad de clase.

Había que castigar esta osadía. Desde los tiempos de la conquista, los señores-y-militares habían establecido el orden social de clase, basado en la jerarquía vertical arriba/abajo: conquistadores y conquistados, señores y pueblo, propietarios y trabajadores. Muchas veces este orden se había tratado de subvertir en América por medio de la rebelión social, con o sin armas; generalmente había sido fácil su aplastamiento militar por parte de los señores-y-militares quienes, por esta vía, reforzaban aún más su poder.

Chile no era una excepción. Por el contrario. La historia de la formación de la gobernación hispano chilena, desde la conquista hasta la época republicana, se hizo empuñando armas. La Guerra de Arauco duró cuatro siglos, dos veces nos enfrentamos con países vecinos y cuatro guerras civiles ensangrentaron a Chile en el siglo xix (1830, 1851, 1859, 1891): todo lo cual constituye parte de nuestro currículo belicista.

No obstante y ante el desprestigiado espectáculo de sucesivos cuartelazos ocurridos durante la década 1920-30, la historiografía conservadora narró el mito de la vía histórico constitucional de Chile. Los chilenos en general, entre ellos algunos dirigentes militares, se aprendieron el mito de memoria; incluso muchos de estos últimos llegaron a internalizarlo en sus prácticas institucionales rituales.

No obstante, en 1973, surgió el Pizarro necesario que, traicionando a Atahualpa por la espalda y en su propia casa, lo asesina y así, descabezado el gobierno, desató nuevamente la



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS  
CENTRO DE ESTUDIOS DE OPINIÓN

furia de la conquista y la apropiación de las tierras y tesoros. Entonces se desencadenó otro tipo de ira. No la de las olas que avanzan rompiendo el azul de su belleza sobre las rocas de la playa de la historia, sino la de los conquistadores que luego de desembarcar con corazas y cañones, arrasan los cuerpos desnudos a su paso y los arrojan de carnada a los hambrientos peces o los sepultan en las fosas minerales de la tierra. Esto no es un pecado, es un delito. He ahí la diferencia.

Las narraciones de este libro buscan conjurar, en parte, la intención última de ese delito: haber pretendido borrar las huellas de aquellos que vivieron en la era del sueño de los libres y que, junto a quienes hoy los recordamos, osaron - cual Prometeos- repartir entre el pueblo el fuego del poder.

[ceo@carios.udea.edu.co](mailto:ceo@carios.udea.edu.co)

<http://ceo.udea.edu.co>

Ciudad Universitaria Bloque 9-252 Telefax: 2105775